
JUAN DE DIOS URIBE

BALDOMERO SANÍN CANO

Artículo extraído del libro:

EL ENSAYO EN ANTIOQUIA

Selección y prólogo de

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

© 2003
Primera edición
Alcaldía de Medellín
-Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín-
Concejo de Medellín
Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina

Todas las circunstancias favorables se unieron para hacer de Juan de Dios Uribe el primer escritor político de Colombia, un gran descriptor de la naturaleza y de las costumbres, un crítico de gusto refinado y el más alto representante de la invectiva justa y resonante. En su familia hubo un escritor político de altas dotes, Juan de Dios Restrepo, maestro igualmente en la descripción de las costumbres y en la observación de los móviles humanos. Fue su madre persona de talento perspicuo, de vastas lecturas y de un criterio raro entre mujeres para juzgar fríamente las acciones ajenas. Su padre amó la ciencia y las letras con desinterés y constancia. Penetró en las interioridades del cuerpo y del alma humanos, y, atento observador de las alternativas sociales, buscó el origen de las costumbres civilizadas estudiando, como los sabios de su tiempo, las costumbres de los salvajes y haciendo vida común con las tribus no sometidas aún a la vida civil. El ambiente en que empezó a crecer Juan de Dios Uribe fue en sus más señalados aspectos un ambiente literario y científico.

Nació en Andes, población nueva de Antioquia, en las faldas de la Cordillera Occidental, en las vertientes del Cauca antioqueño, a la vista de farallones, profundas y estrechas quebradas y ríos tumultuosos.

Estudió en la Escuela Normal de Popayán, y en los alrededores de esa villa, comparándolos inconscientemente con las abruptas apariencias de su ciudad natal, donde había observado la obra de las fuerzas indómitas del planeta, aprendió a gustar la gracia, asociada milagrosamente a la fuerza, en las lejanías del paisaje. Dos ambientes disímiles y remotos educaron su capacidad de observación ante los aspectos del paisaje. Más tarde Bogotá, suspendida entre cerros y una llanura gris y unánime, vino a enriquecer su sentido moderno de la naturaleza, que poseyó en generosas y hondas proporciones, y supo verter en prosa con una delicadeza y originalidad de visión desconocidas hasta entonces en la literatura de estas partes.

Vino a la vida de la razón y del combate social en un momento de la historia colombiana especialmente digno de estudio y de memoria por haberse señalado con el choque violento de las creencias, exacerbadas por el clero, contra las opiniones de los hombres imbuidos en la necesidad de analizarlo todo, que señalaban en otra banda derrotados a las inteligencias capaces de entenderlos. Asistió a la lucha tenaz, de cada día y de cada momento, de los dos partidos que defendían sus principios en una prensa de libertad absoluta, cuyas expansiones vinieron a

dar por resultado una de las guerras civiles más injustas por parte de quienes la promovieron y más trágicamente fracasada en la historia de nuestras contiendas internas. Presenció la lucha, admiró a los conductores de parte gibelina y luego presenció en Bogotá las amargas e interesantes controversias políticas de prensa y parlamento, que sirvieron de prolegómenos a la guerra de 1885 y a la desventurada evolución política de que fueron resultado la represión violenta de las libertades y el retroceso político de la Nación a las horas españolas del régimen de Calomarde.

La familia, el ambiente físico, el clima político convergieron como en un problema geométrico para la producción de una inteligencia literaria de primer orden y para favorecer su desarrollo en forma original y completa. Sus contemporáneos le llamaron "el Indio", sin duda por los estudios del padre sobre la raza indígena. Su tipo era blanco.

Sus predilecciones naturales movieron hacia la prensa sus actividades. Amó la lucha por temperamento. Eran igualmente vivaces, agudas y sinceras sus simpatías que las repugnancias de su temperamento, y el medio en que hubo de desenvolverlas fue especialmente propicio a su desarrollo, porque el origen de la transformación política que combatió durante su vida, y de que fue víctima animosa, suscitó en el país desesperadas resistencias morales y de hecho.

Las virtudes más excelsas de su prosa política fueron la fuerza, la claridad, la gracia ondulante escondida entre los pliegues de un idioma sabio e intolerante, con las más leves desviaciones contra su puro genio. No era el escritor pacato, lleno de terror ante el uso de vocablos o giros que pugnasen con el código gramatical: era el prosista dueño de su instrumento, capaz de tañerlo en la generosa amplitud de sus escalas y recursos. No da la impresión del jardín erudito sino de la fronda natural acomodada al clima y a la bondadosa ferocidad del suelo. Al erudito, la dicción "indiana" le da ante todo el gusto de la corrección perfecta: en tal concepto coinciden Unamuno y Gómez Restrepo. Al lector desprevenido y de pocas letras lo avasallan la naturalidad, la fuerza, lo original y preciso de los epítetos, la armonía liberal entre el concepto y la frase, la honradez inexpugnable del pensamiento y la helénica y fugitiva gracia del conjunto.

Como se ha dicho, el ambiente político favoreció en grande escala el desarrollo de sus naturales talentos y de la plenitud de sus aspiraciones. No se crea, sin embargo, que la invectiva, en que fue maestro insuperado en su tiempo, era la sola forma literaria en que su pluma se elevaba al ápice de la expresión escrita; en los retratos instantáneos hace justicia a las cualidades de algunos personajes con cuyas ideas no podía tener contactos de simpatía. En otros casos la

alabanza justa, dignamente y con adecuada belleza expresada, con aplicación a personaje por él admirado, se limita con criterio despasionado y justo. De Montalvo, por ejemplo; dice: "El rollo de la palabra de Montalvo abrumba: ha plantado una nueva floresta del idioma y se va por ella como un salvaje grandioso a caza de fieras y reptiles. Se requiere iniciación para comprenderlo y gusto literario para admirarlo en sus pormenores artísticos; diré también que hay que prevenirse para no caer en sus extremos porque se deja ir en el aerostático de su fantasía y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico... Ningún escritor hizo, por otra parte, mejor uso de su talento. Azotó a los pícaros en la plaza pública, colgó a los tiranos en una horca que puso sobre los Andes y sacó a la vergüenza los vicios del clero, con un buen humor que da escalofríos". Sería de observar que la mística tiene en literatura el mismo derecho a expresarse que el seco materialismo. Quevedo es escritor de alta jerarquía lo mismo en sus obras jocosas que en sus trabajos de interpretación de las verdades teológicas. La mística de buena fe, no enseñada por encargo ni practicada para ganar distinciones o gajes, tiene su puesto en las letras de todo el mundo, como la novela o el drama.

La mitad de la obra pensante de Uribe, y casi todas sus actividades y peregrinaciones, está dedicada a defender la libertad y a difundir las ideas liberales. Estaba en su temperamento el dedicarse a esa propagación. La suerte le favoreció haciéndole llegar a la plenitud del conocimiento en una época en que las libertades yacían por el suelo en Colombia y estaban amenazadas o ferozmente limitadas en otros lugares del trópico. Luchando contra esa calamidad de los tiempos su pluma, su conciencia, sus nociones de ciencia y arte se alimentaban a sí mismas. Coincidió de tal manera su temperamento de luchador con las necesidades de los tiempos en que le tocó vivir, que la notoriedad tristemente conmovedora de las administraciones colombianas de la época y algunas de sus pobres celebridades momentáneas yacerían hoy en el olvido de no haber recibido los merecidos azotes de ese vengador de la patria. Las inmortalizó en su daño.

Tuvo, como ya se dijo, en sublimada calidad el sentimiento moderno de la naturaleza. Echemos la vista sobre este diálogo con uno de sus grandes amigos, cuya muerte, en defensa de la libertad y de los desvalidos proyecta aún sombras de vergüenza sobre el continente.

"El último día del año de 1893, me sorprendió a orillas del mar Pacífico, por primera vez visto por mis ojos. Tenía el honor de acompañar a Eloy Alfaro a una de sus empresas libertadoras.

"!Oh, me dijo el viejo proscrito, señalándome el océano: amémosle mucho, que sus ondas bañan las riberas de la patria!

"Los amos no vedaban el son nativo y el pan de nuestras cosechas; estábamos fuera de la ley que ampara y de la tierra que sustenta, y se atropellaban en mis labios las sílabas indómitas del odio en aquella mañana de diciembre. La naturaleza sólo es bella en la libertad de pensamiento. Buscaba hacia el sur, en vano, mi radiante Colombia de otros tiempos, la macabea, la madre de vientre fecundo, bendito tres veces por la libertad, por la república y por la ciencia. El sol naciente abría grandes y nuevos espacios sobre las aguas; las olas contra la playa aligeraban su fatiga en un gran sollozo; la brisa traía las frescuras y los olores marinos; los alcatraces desarrollaban sus escuadrones en el espacio... Buscaba en vano la patria: allá abajo el monótono océano resonante y las estériles costas. Luego aparece Colombia en mi mente, como una llama, que ya es una antorcha, que ya es una sombra, que ya es una mancha... ¡nada!"

Fue también narrador de altas dotes, y en su descripción del campo de batalla de Los Chancos dejó muestras de esta milagrosa capacidad y de sus dones excelsos como poeta descriptivo. Es de retener en la literatura española esta visión del campamento y de los hombres que tomaron parte en la batalla del día anterior:

"Al otro día de la batalla de Los Chancos (31 de agosto de 1876) vi a Jorge Isaac, de pie, a la entrada de una barraca de campaña.

Pasaban las camillas de los heridos, las barbacoas de guadua con los muertos, grupos de mujeres en busca de sus deudos, jinetes a escape, compañías de batallón a los relevos, un ayudante, un general, los médicos con el cuchillo en la mano y los practicantes con la jofaina y las vendas, Trujillo que marcha al sur, Conto que regresa a Buga, David Peña a caballo con su blusa colorada, como un jeque árabe que ha perdido el jaique y el turbante... el mundo de gente ansiosa, fatigada, febril, que se agolpa, se baraja y se confunde después de un triunfo. El sol hacía tremer las colinas, la yerba estaba arada por el rayo, el cielo incendiado por ese mediodía de septiembre, y por sobre el olor de la pólvora y los cartuchos quemados, llegaba un gran sollozo, una larguísima queja de los mil heridos que se desangraban en aquella zona abrasada, bajo aquel sol que desollaba la tierra. Isaacs reemplazó el día antes a Vinagre Neira a la cabeza del Zapadores, y como su primo hermano César Conto, estuvo donde la muerte daba sus mejores golpes. Yo le vi al otro día en la puerta de la barraca, silencioso en ese ruido de la guerra, los labios apretados, el bigote espeso, la frente alta, la melena entrecana, como el rescoldo de la hoguera; y

con su rostro bronceado por el sol de agosto y por la refriega, me parecieron sus ojos negros y chispeantes como las bocas de dos fusiles".

Beyle y Tolstoi dieron idea de las batallas de Waterloo y Borodino siguiendo las impresiones y las observaciones que desde varios puntos de mira hacía un participante en la batalla. La humana visión en el relato de Stendhal arrebató la curiosidad del lector y difundió su atención por todos los rincones, adonde lo lleva la capacidad descriptiva del autor. La milagrosa capacidad del genio tolstoiano parece que reflejara sobre las concavidades del firmamento la visión de la gran batalla de la Moskwa para que pudiera observarla un moribundo que empezaba a desinteresarse de las cosas humanas. Las páginas de Uribe, en la descripción de la mañana siguiente a la batalla de Los Chancos, tienen la originalidad de sugerir, en un panorama de alegría y de felicitaciones, el ambiente caldeado de la batalla ocurrida en el día anterior y la magnitud de las ideas que allí se vieron a tremenda prueba.

Aunque gran narrador, como se ha dicho, no es esta la calidad fundamental de Uribe en sus hazañas de escritor; "hazañas" está bien dicho, porque cada una de sus obras minúsculas deja la impresión de una estupenda aventura. Pone en cuanto escribe toda su alma, y apenas por excepción hace un esfuerzo para explicarse la situación de sus contendores. En el diálogo su pluma vacila y en ocasiones decae. Era Uribe un temperamento de escritor que anda siempre revolviendo las ideas. Tuvo muchas, las acariciaba con deleite, retozaba con ellas, pero les negaba carta de naturaleza a las opuestas. Su pensamiento estaba tan lleno a todas horas, que el diálogo le resultaba una forma de abdicación. Llevaba consigo mismo un eterno monólogo de la razón contra sus enemigos, a quienes apenas les concedía el derecho de contradecirle. Fue un perpetuo contradictor de las ideas contrarias a los principios de libertad por él aceptados como intangibles, pero careció de la estupenda mala fe de los polemistas. Jamás entabló con nadie lides contradictorias de pensamiento. Lanzaba sus ideas a la plaza pública con el fervor de la convicción y en arranque de entusiasmo, pero no tuvo la paciencia necesaria para escuchar a los disidentes ni la ingenuidad requerida para contradecirles. Por eso en sus narraciones el diálogo flaquea forzosamente. El monólogo era la forma natural de expresión para un talento que se contemplaba a sí mismo.

Fue de una facilidad incomparable frente a las hojas de papel que reclamaban el talismán de su elocuencia. Me dijeron alguna vez sus amigos que, con frecuencia, cuando hacía prosa para La Siesta, eliminaba el intermedio de la maduración sobre el manuscrito. Llegaba de la calle a

las dos de la mañana, iluminado artificialmente; y para atender a la premura de las circunstancias, colocaba delante de sí al cajista, con la galera en la mano, y le iba dictando febrilmente las frases que al día siguiente escandalizaban ciertos ambientes, mientras otros abrigaban el regocijo de las mentes caldeadas por la pasión de ser libres.

Tuvo para ejercer la crítica literaria vocación manifiesta; gusto firme, vastas y bien digeridas lecturas, juicio independiente, admiración documentada de lo bello dondequiera que lo encontrase. Sin embargo, su temperamento de luchador se sobrepone a menudo, en sus trabajos de crítica, a la fría percepción del analista. De esto hay ejemplos en el estudio sobre *La Tierra de Córdoba.*, de Isaacs, y en sus apasionadas y melancólicas excursiones por la poesía, la vida y la locura de Epifanio.

Al pie del monumento que se le ha erigido podría ponerse:

El genio literario de la invectiva política: la frase más natural, más pura y más graciosa entre los escritores de su tiempo.

Baldomero Sanín Cano

Ensayos 1942, Bogotá.